

La niña que tejía con el viento

Shaden Valery Nupán Urresta

Sindy Carolina Gomajoa Nupán

Julieth Alexandra Narváez Nupán

Estudiantes I. E. M. Morasurco

En las llanuras donde la hierba canta al rozar el cielo, vivía Yara, una niña que hilaba lana de colores imposibles. Su abuela le había enseñado que cada hebra debía ser tejida con un secreto del mundo. Pero últimamente, los hilos se le rompían entre los dedos.

El problema era el Gran Silencio: los pájaros habían dejado de migrar, las abejas ya no zumbaban, y el viento que antes le traía historias ahora solo arrastraba polvo. La tierra estaba perdiendo su voz.

Una mañana, Yara encontró un ovillo azul brillante enredado en un cardo. Al seguirlo, llegó a un árbol hueco donde dormía Tepín, el último colibrí de fuego, un ave que, según las leyendas, guardaba el ritmo de las estaciones. Estaba herido, con las plumas opacas.

—Los humanos olvidaron los ritos —le dijo Tepín con un suspiro. —Sin danzas para la lluvia, sin cantos para la siembra, la naturaleza se enmudece.

Yara entendió entonces que sus tejidos no eran solo lana: eran mapas de memoria. Usando sus agujas, cosió un manto con patrones de nubes, ríos y semillas. Lo colocó sobre las raíces del árbol hueco mientras cantaba una melodía que su abuela le había enseñado.

Al tercer día ocurrió el milagro lento: primero, llegó una brisa cargada de humedad; luego, una bandada de golondrinas trazó círculos sobre el manto. Para cuando la luna estuvo alta, Tepín recuperó su brillo y emitió un trino que hizo florecer los cardos secos.

Los aldeanos, al verlo, recordaron. Volvieron a celebrar la fiesta del maíz, a dejar ofrendas de miel en los troncos viejos. Yara siguió tejiendo, pero ahora sus diseños incluían formas de raíces profundas y alas extendidas.